

PERFILES DE RAÚL ANDRADE: PALABRAS DE APERTURA¹

Alicia Ortega Caicedo

Raúl Andrade nació en Quito, en 1905. Hombre polifacético: ensayista literario y escritor, cronista y periodista, diplomático y viajero. En 1922 fue testigo, en Guayaquil, del trágico levantamiento obrero del 15 de noviembre. Un año más tarde, ingresó en la redacción del diario *El Telégrafo*. Desde fines del año 26 hasta el 29 trabajó, en Guayaquil, en la redacción de *La Nación*. En 1927 regresó a Quito y fundó, con el pintor Camilo Egas y otros, la revista vanguardista de arte y literatura *Hélice*, en la que escribieron Gonzalo Escudero, Jorge Reyes, Pablo Palacio. Fue cofundador del diario liberal de combate *La Mañana*, en el que mantuvo la columna «Cocktails», bajo el seudónimo de Frank Barman. Tras cerrarse *La Mañana*, editó el semanario *Zumbambico*. En el año 31 hizo un ensayo de teatro, *Suburbio*. Con su columna «Claraboya» colaboró por mucho tiempo en el diario *El Comercio*, y en los últimos años de su vida en *Hoy*. Muchos artículos y ensayos de Andrade están diseminados en revistas y diarios de Ecuador y otros países de América Latina, otros se han logrado reunir en libros, tarea que aún sigue inconclusa. Además de *Gobelinos de niebla*, en 1937 publicó *Cocktails*—conjunto de artículos periodísticos—; en 1952 *El perfil de la quimera*; en 1954 *La internacional negra en Colombia*; en 1962 *Biografía de Julio Andrade, la crónica de una vida heroica*. Raúl Andrade desempeñó representaciones diplomáticas y consulares en varios países de Europa.

1. El día 9 de noviembre de 2005, el Área de Letras organizó el acto de homenaje por el centenario del natalicio de Raúl Andrade. Las palabras de bienvenida estuvieron a cargo de Alicia Ortega; intervinieron los escritores y periodistas: Simón Espinosa, Javier Ponce, Jorge Ribadeneira y Raúl Serrano Sánchez. José Laso, director del Área de Comunicación, clausuró el acto (N del E).

A propósito de viajes, Andrade publicó en *El perfil de la quimera* un bello ensayo titulado «Teoría del destierro», texto en el que reflexiona, con algo de melancolía, sobre el sentido del viaje en el mundo moderno:

Estos ómnibus de los aires han creado el viaje sintético, el éxodo comprimido, la erranza sin objeto. Ello ha matado la aventura, la gracia inenarrable del encuentro, el encanto de la sorpresa. Embarcarse, dar la vuelta a la tierra en el menor tiempo posible y regresar al punto de partida sin haber visto nada, comprendido nada, ni encontrado nada, tiene un parentesco indudable con la novela en píldoras, con la alimentación en tabletas, con el saber con cuenta gotas. Pues vaya si se requiere una mentalidad cuadrada y sintética, para inventar el viaje sin escalas [...]. Déjense los caminos del cielo para los ángeles de Dios y para los diablillos de Satanás (196-98).

Crítico de su tiempo, entre irónico y nostálgico, Andrade expone una sensibilidad muy atenta a las novedades y cambios que redefinen su entorno cultural: cronista de su ciudad y cronista de su tiempo. El ensayo titulado «Retablo de una generación decapitada», clásico del ensayo ecuatoriano en que Andrade bautiza a nuestros modernistas precisamente con la ya canonizada expresión de *generación decapitada*, ofrece una acuarela de la ciudad en el momento preciso de su entrada a la modernidad. Se trata, en la crónica mencionada, de una urbe, por un lado, «aderezada de tradición y de costumbres patriarcales», en la que, a comienzos del siglo pasado, «el artificio es un recurso inédito». El cronista rememora un *pueblo* en el que prima un «consumo inmoderado de siesta», en el que los festines preferidos y únicos son las misas mañaneras y las retretas de domingos; una pequeña ciudad recorrida con «paso mecánico y ritual», vigilada bajo la «mirada paternal», claramente delimitada y en la que todos parecen conocerse. Por otro lado, Quito emerge, a la vez, como una ciudad que vive intensa y conflictivamente el impacto de la modernidad. Desde su presente, Andrade pinta una ciudad en contrapunto de dos tiempos superpuestos: si la mirada evocadora recupera un espacio habitado por mujeres «recatadas y melancólicas», que «atisban con timidez, tras del visillo, el paso rumoroso de los coches»; «Matronas circunferenciales y honestas, con ofensivo olor de santidad!» (12); el presente del cronista se manifiesta entre «muchachas de belleza químicamente pura», que ponen fervor no al comentario de sermones y oradores religiosos; pues *hoy*, afirma el cronista, el fervor ellas lo ponen «al comentar la osamenta de cualquier astro de la pantalla» (12). Raúl Andrade, portador de una sensibilidad forjada en las primeras décadas del siglo pasado, supo celebrar los cambios conservando, a la vez, una prudente y sabia distancia crítica. En el retrato que hace de su ciudad, Andrade relata el impacto que produjo en la población la llegada de la máquina, y lo hace en los siguientes términos:

Un día —heraldo de la catástrofe— surge por las calles del pueblo un extraño armatoste de vivo color brillante, que ocupa todo el ancho de la vía. Y de manera milagrosa o diabólica, sin que ninguna fuerza visible le dé impulso, rueda sobre macizos discos, trepidante, estridente, entre grandes bocanadas de humo, emitiendo guturales aullidos de fiera en libertad. Ha hecho su aparición el primer automóvil, antediluviano y cavernícola.

El terror, es pues, justo. Por lo demás, muy semejante al que podría provocar, en Londres, la repentina aparición de un ictosaurio cabalgado por los dictadores Hitler y Mussolini, con acompañamiento de gases ponzoñosos. El pueblo se conmueve en sus bases. En los pulpitos se clama contra el advenimiento de la barbarie [...].

Pocos días más tarde el pueblo sufre otro sacudimiento dramático. Se ha cometido *el primer crimen pasional* [...].

Hete, pues, ubicados en la ciudad que dejó de ser un poblacho extraviado entre la cresta andina tras el primer terror y la primera sangre derramada [...]. Las locomotoras pitan en la mañana invitando a partir. El viaje a Europa ya no es una aventura (14-15).

Así, la mirada del cronista registra —con extrañeza y familiaridad— la entrada a la modernidad como un acontecimiento milagroso y, a la vez, diabólico. Acontecimiento atravesado por dos líneas de sentido que, en su conflictiva convivencia, habrán de configurar uno de los ejes de tensiones del siglo XX latinoamericano y mundial: libertad y represión, civilización tecnológica y barbarie, brillo y catástrofe, modernidad laica y religiosidad popular, fascismo y comunismo, muerte y promesa de futuro

Andrade, sensible a las luces de su tiempo, supo leer en las películas de Charlot —«alegre vagabundo distraído»— la infancia y desventuras del siglo XX, sus episodios más contradictorios y extravagantes. Atento siempre a la atmósfera cultural y política de su época, siguió los avatares de Carlitos frente a las vitrinas y escaparates de una civilización desarticulada, reconoció en Cantinflas «la irónica rebelión del hombre que ha perdido la costumbre de rebelarse e ignora contra qué y contra quién tiene el deber de rebelarse». Escribió sobre los muralistas mexicanos, sobre la poesía de César Vallejo y de García Lorca —sus admirados fakires—. Descubrió a los escritores españoles por el año 31 —Unamuno, Machado, Miró, Ortega, Valle Inclán, Gómez de la Serna, García Lorca—, referentes permanentes de sus escritos. Sus crónicas literarias recogidas en *Crónicas de otros lunes* son testimonio no solamente de un vasto y profundo conocimiento literario, sino de una curiosa inteligencia, atenta a libros y escritores aún hoy escasamente conocidos, como la siempre deslumbrante Flora Tristán. Asimismo, en otras ocasiones, Andrade nos sorprende con textos cortos y juguetones, con sabor de chascarrillos y herencia de greguerías, estilo con el que solía comunicar guiños literarios: «A Palacio le dijeron que tenía el corazón podrido; sin embargo, su corazón no huele co-

mo los pies de quienes tal cosa dijeron. Su libro —*Un hombre muerto a puntapiés*— es la inclusa donde han encontrado asilo las deformidades perdurables que no lo encuentran en las casas de beneficencia» (*Savia*, No. 25).

Con esta cortísima semblanza de nuestro homenajeado Raúl Andrade y el guiño a Pablo Palacio, cuyo centenario, por cierto, celebraremos el próximo año, inauguro este acto. ✱